

La colaboración de la C.M. en la formación de los sacerdotes

Fenelón Castillo, C.M.

Introducción

Escribir acerca de la colaboración de la Congregación de la Misión en la formación de sacerdotes es referirse a algo que aparece en los orígenes mismos de nuestra comunidad y ello porque pertenece a su finalidad misma; así lo quiso el fundador. Corremos el riesgo de pensar que se trata de un fin secundario y hasta cierto punto simple derivación de lo primigenio y fundamental; a ello nos podría llevar una lectura superficial de las palabras del mismo S. Vicente. Pero lo que voy a escribir nos sacará de ese error, para llevarnos a la verdad histórica y al objetivo auténtico.

1. El ancestro visto en la vida de Vicente de Paúl

Vicente de Paúl tuvo su primera verdadera parroquia, en Clichy, pueblito cercano a París, unos 600 fieles, que hoy no sería mencionado si no fuera porque el avasallador gascón allí ejerció su primera cura pastoral de 1612 a 1613.

Pues bien, en esos albores de su servicio pastoral, aparece ya un destello de ese ministerio que algunos no han observado suficientemente. Vicente se ocupó de formar un grupo juvenil de una docena de muchachos aspirantes al sacerdocio; entre ellos hallamos, con la discreción que le será habitual, Antonio Portail. Portail pertenecerá al primer pequeño núcleo de misioneros, será el fiel discípulo de Vicente, el primer “Director” de las Hijas de la Caridad; morirá en 1660, unos meses antes de su admirado maestro. Nótese que esto ocurre en 1612, cinco años antes de la intuición de Follleville con el sermón de la confesión general y las primeras misiones.

Muchos años después, en diciembre de 1658, escucharemos decir al Fundador: “Al principio la Compañía no se ocupaba sino de ella y de los pobres... Dios permitió que en nosotros solo se viera esto; pero, cuando llegó la plenitud de los tiempos, nos llamó para que contribuyéramos a formar buenos sacerdotes, a dar buenos pastores a las parroquias”.

Podemos entender entonces que lo que hubo en germen en el alma apostólica de Vicente en Clichy y antes del nacimiento de la Congregación (en 1617 y 1625) él lo transmitió como un carisma ya congregacional y lo explicó como desarrollo o plenitud en 1658. Es que el núcleo existe para desplegarse después.

Y es muy interesante observar que Vicente, explicándose a sí mismo, nos hace caer en la cuenta de que el asunto no es solo cronológico sino incluso teológico-bíblico, pues se halla en la dinámica misma de la Revelación de Dios. Así se explica lo que advierte en la misma conferencia más adelante. “Puede decirse que venir a evangelizar a los pobres no se entiende solamente enseñar los misterios necesarios para la salvación, sino hacer todas las cosas predichas y figuradas por los profetas, hacer efectivo el evangelio”. El entiende ese “hacer efectivo el evangelio”, no en la forma en que solemos entenderlo nosotros, de una pastoral social de promoción del pobre, sino de corregir las fallas que hay en el clero, como las hubo en los sacerdotes de la antigua alianza.

Todo esto es lo que quiero decir cuando hablo de un “ancestro”. La formación de sacerdotes no es una derivación fortuita del primer fin; entra en el núcleo mismo de una vocación, aun cuando la “plenitud” de esa vocación no haya sido advertida desde el comienzo.

Y, otro hecho que no debe pasar inadvertido: en su breve paso como párroco por Châtillon-les Dombes, en 1617, Vicente de Paúl, más con su ejemplo que con su sermoneo, reformó las costumbres relajadas de los seis llamados “capellanes” que holgazaneaban en ese pueblo sin ocuparse pastoralmente de la comunidad que les había sido confiada. Y saber que muy cerca de allí, en Ars, un humilde santo, admirador de San Vicente, dos siglos después, atraería por su celo pastoral a miles de peregrinos.

2. Aplicación original de la visión inspiradora

¿Cómo vino a volverse realidad la inspiración inicial? Todos conocemos la historia. Unos ejercicios a los ordenandos, predicados por Vicente de Paúl en Beauvais, por invitación del obispo, Mons. Potier prendieron la llama. Fue en 1628, cuando la Congregación de la Misión estaba aún en la infancia y fue, por cierto, muy cerca de su lugar de nacimiento, las tierras de los Gondi.

Alguno hubiera podido ver como remedio escaso esa solución a la reforma de un clero muy degradado en todas partes. Ciertamente, pre-

dicar unos retiros a unos ordenandos en una diócesis podía ser una píldora para una llaga podrida. Pero fue la chispa para un incendio. Vinieron otros ejercicios en otras diócesis de toda Francia; y después en la mismísima Roma. Y vinieron también después retiros a sacerdotes ya ordenados. Y reuniones de sacerdotes en San Lázaro, de París, en eso que se llamará las “Conferencias de los martes”. Y vinieron Seminarios, que se llamarán Conciliares como eco a la gran preocupación de Trento. Y todo esto, siempre con alguna contribución, sea de la inventividad del mismo Vicente, sea de la fidelidad de sus misioneros.

Lo que aquí precisa observar es que la “plenitud de los tiempos” vino poco a poco pero de manera ineludible, a partir de la inspiración inicial. Y que así se fue haciendo “efectivo el evangelio” en una lógica vicenciana y en una Congregación que cada vez fue tomando mejor conciencia de para qué había nacido. “Hacer efectivo el evangelio” no hay que citarlo fuera de contexto. Se trataba de darles a los campesinos evangelizados, los pastores que necesitaban. Por supuesto que ello no era tarea exclusiva de los discípulos de Vicente; lo fue de muchos que con él se preocuparon por la situación de esa Iglesia del siglo XVII. Pero, pese a su humildad característica, Vicente no solo entendió lo que estaba haciendo sino la parte que le correspondió en la reforma. “El estado eclesiástico secular recibe actualmente muchas bendiciones de Dios. Se dice que nuestra pobre Compañía ha contribuido no poco a ello con los ordenandos y con las reuniones de eclesiásticos de París. Actualmente hay muchas personas de calidad que abrazan ese estado”.

3. El crecimiento de la semilla

Al hablar de “crecimiento” me refiero a la irradiación del “método vicentino” a otros lugares distintos a Francia, a la multiplicación de peticiones que se hacen a la Congregación, pero también a la diversificación de espacios o sistemas de colaborar en la formación del clero que partieron de la iniciativa primera de los retiros de ordenandos. Primero Francia, en seguida Italia y Polonia, después doquiera iba siendo establecida la Congregación.

En forma muy temprana nuestra Casa Madre (llamemos así a Bons Enfants), tras haber sido solamente residencia de misiones, tuvo también características de colaboración en la formación del clero. En los últimos veinticinco años de vida de San Vicente, asistimos a una serie de ensayos, algunos de ellos algo decepcionantes; era cosa normal en una época en que la norma de Trento se estaba ensayando. La decepción la dieron sobre todo las instituciones dedicadas a educar joven-

zuelos adolescentes; nuestro fundador captó desde el principio que ello no daría buenos resultados. Y esa falta de resultados fue también, en parte, lo que provocó la lentitud de los obispos franceses para adoptar la prescripción.

Puede decirse que los ensayos se clasificaron según tres modelos:

- La casa de formación-parroquia, al estilo de Bourdoise; los candidatos vivían en una, casa cural, porque se trataba ante todo de colaboradores del pastor que estaba al frente de una parroquia.
- El seminario-convictorio: los candidatos venían a recibir algunos cursos formativos sobre todo en ceremonias y moral; para llevar estudios filosóficos o teológicos acudían a los ya existentes centros universitarios, a veces llamados “colegios”.
- El seminario-colegio: en él se impartía una enseñanza integral que abarcaba lo espiritual, lo intelectual y, digámoslo, lo pastoral.

De una vez afirmo que la mayoría de nuestros primitivos “Seminarios” fueron de la categoría “convictorio” y siempre por petición de algún obispo; la petición era seguida de un contrato. Lo más interesante pueden ser las condiciones que se solían poner a una aceptación por parte de la Congregación. Por ejemplo: la comunidad debía tener el control administrativo del establecimiento; los misioneros dedicados al Seminario tendrían al mismo tiempo dedicación a las misiones populares, propias de la Congregación (esto no era difícil de aceptar, como quiera que con frecuencia los obispos de Francia pedían misiones en sus diócesis); la fundación debía revestir carácter de estabilidad, no sea que a algún obispo se le ocurriera de un momento a otro prescindir de los servicios de los misioneros.

Los equipos de formadores, era compuestos por sacerdotes, a veces algunos clérigos, y también Hermanos (los llamados “coadjutores”). La presencia de los Hermanos no ha de sorprender; primero, porque ellos colaboraban activamente en las misiones; pero también porque en los seminarios mismos los oficios de cocina y administración nunca eran confiados a mujeres, mientras que algunos Hermanos tenían en ello buenos conocimientos técnicos. – El equipo era dirigido por un Superior, persona que debía ser suficientemente capacitada, por ejemplo en lo intelectual, pues debía dictar con frecuencia conferencias o dirigir casos de moral o liturgia. Y esos oficios estaban lejos de la periodicidad limitada a que nos han acostumbrado, entre otras, ciertas normas del Derecho Canónico; hubo superiores que duraron hasta cuarenta años...

Eso sí, los así llamados domésticos o criados – hoy empleados – no eran solo, asalariados pues se les consideraba personal de la casa y recibían instrucciones para una adecuada formación cristiana. Por otra parte, hay que recordar que su empleo no era contratado para todo un año, pues los mismos seminaristas estaban en la institución solo por algunos períodos del año. Y recuérdese que eran exclusivamente varones.

Una palabra todavía se puede decir acerca de lo que llamamos la planta física. No hay que pensar que una institución tan novedosa iba a tener desde sus comienzos las grandes construcciones a las que hoy estamos acostumbrados. De hecho, los edificios fueron frecuentemente adaptación de antiguas casas o conventos, en los cuales se procuraba tener una capilla y lugares aptos para conferencias y para habitación de directores y candidatos en formación para el sacerdocio. Por otra parte, puede decirse que las necesidades habitacionales de los siglos XVII y aun XVIII eran menores que las nuestras; ¿acaso no sabemos que, aun en los palacios, los lugares de retretes y de aseo eran muy rudimentarios?

4. El estatuto del seminarista

En nuestras actuales instituciones educativas para formar sacerdotes, además de las Normas Básicas emanadas de Roma (Ratio), con sus equivalentes de las Conferencias episcopales, hablamos de Proyectos comunitarios, Estatutos, Dimensiones educativas. Cuando nos referimos a los siglos XVII a XX en relación con los Seminarios, lo que conocemos son reglamentos y costumbres, pero en ellos hay elementos suficientes para que nos demos cuenta de lo que se pretendía con las instituciones y cómo se procuraba lograrlo.

Por lo que se refiere al modo de llevar las cosas en lo que es regido por nuestra comunidad, hay una entidad que en cierto modo legisla para nuestros seminarios diocesanos en el mundo. Son las Asambleas Generales de la Congregación. En sus decretos encontramos una fuente de información que ya no nos sirve para nuestros días, porque no es ésa ya la autoridad competente. A veces a ellas, lo mismo que a los Superiores Generales de la comunidad se acude para saber tener una normativa válida para todas partes y saber a qué atenerse en casos de duda.

1. LOS OBJETIVOS

Ya señalamos arriba que de lo que se trataba primordialmente no era de capacitar filosófica o teológicamente a un grupo de jóvenes aspirantes al sacerdocio. Había para ello – cuando se lo buscaba – Colegios o Universidades en París, Roma, o Zaragoza... Lo que se buscaba, ante todo, era instruir acerca de la práctica de las virtudes y enseñar los asuntos indispensables para el ejercicio del ministerio, como la celebración de sacramentos. Recuérdese la situación de desgreño que refiere San Vicente haber visto en la misma iglesia: siete sacerdotes “diciendo” misa a la vez en altares laterales, cada uno en forma muy diferente; y, algo peor, casos de ignorancia crasa como la que advirtió la Señora de Gondí en un sacerdote a quien se acercó para la confesión, y que farfullaba en latín de cocina una fórmula de absolución sacramental que ignoraba: no había seminarios, no había lugares de formación diaconal o presbiteral...

Entendemos así mejor lo que podría proponerse un seminario en los siglos XVII o XVIII. Por cierto que los objetivos frecuentemente eran formulados de una manera muy vicenciana: “honrar el sacerdocio de Nuestro Señor y formar a los eclesiásticos en la virtud y la ciencia” (esta formulación es la que se tenía en Bons Enfants).

2. EXIGENCIAS

Miremos qué se exigía a alguien que deseaba ser admitido a uno de nuestros seminarios, por ejemplo en el de Bons Enfants: a) ser admitido por un obispo; b) traer sobrepelliz, bonete, breviario, biblia, e libro del Kempis (como se llamaba a la Imitación de Cristo), un libro de teología como el de Abelly; c) seguir el siguiente horario:

5.00	Levantarse
5.30	Meditación
6.00	Ángelus, letanías del Nombre de Jesús, lectura de un capítulo del Nuevo Testamento
8.00	Misa en comunidad
8.30	Desayuno
9.00	Clase o conferencia de teología
10.30	Repaso de la lección explicada
11.00	Examen particular, comido, visita al Smo. Sacramento, recreo.
13.00	Canto

14.00	Rezo del breviario
16.00	Conferencia de moral
17.15	Rezo del breviario
18.30	Examen particular, cena, Ángelus, recreo
20.15	Examen general
21.00	Acostarse

El mantenimiento de los seminaristas exigía gastos. Por ello, normalmente debían pagar una pensión, aunque había la posibilidad de una especie de becas. Pero se conocen casos de deudores que fueron llevados ante un tribunal civil para que pagaran sus deudas...

3. DIMENSIONES DE LA FORMACION

Dimensión espiritual

Ya en el horario arriba transcrito puede uno captar algo de lo que se buscaba.

A la capilla acudía el seminarista por la mañana generalmente después de ciertos actos de piedad personales como los actos llamados de adoración, acción de gracias, ofrecimiento del día. En la capilla se rezaban las oraciones comunes y se hacía la llamada “meditación”, con un esquema muy parecido al que conocimos los seminaristas anteriores al Concilio Vaticano II, con su itinerario de vida purgativa, iluminativa y algunas virtudes llamadas eclesíásticas. Sobre todo los domingos se hacía la vicenciana repetición de oración. Había libros clásicos de meditación que eran leídos como guía en público.

Cualquiera que lea los reglamentos o costumbreros descubrirá con cierta facilidad que las los pasos de la meditación son muy parecidos a los que indicaba San Vicente: ponerse en la presencia de Dios, pedir las gracias para hacer bien la oración, proponerse el sujeto (u objeto de meditación), reflexiones, afectos sobre el mismo, resoluciones, acción de gracias. A veces se siente uno tentado de hacer algunas comparaciones con los actuales pasos de la Lectio divina.

Había la costumbre de hacer ejercicios espirituales, por ejemplo de un día, al entrar en el seminario. Pero lo que más llama la atención es el parecido del horario con el de nuestra comunidad de otra época con sus exámenes (particular y general), Ángelus. ¿Qué decir de confesión y comunión?

La comunión se llamaba “frecuente” cuando se recibía una vez por semana y esto ocurría normalmente el domingo en la misa que precisamente se llamaba de comunión. Y eran muy recomendadas las visitas breves al Santísimo Sacramento en diversos momentos. La confesión sacramental (como por otra parte para los sacerdotes) se hacía al menos una vez en la semana, siempre con los sacerdotes del seminario, rara vez con otros de afuera.

¿Y la llamada dirección espiritual? Se llamaba “comunicación interior” y se hacía con un director, normalmente cada mes o cada dos meses con un esquema como éste: deberes para con Dios, relaciones con el prójimo – próximos y extraños -, tentaciones, malos hábitos, faltas más habituales.

Todo esto, lo digo para terminar con una reflexión casi sorprendente, la dirección debía contribuir a ilustrar un tema nuevo (sic), el de la vocación. Y es que la vocación era un tema para monjes o religiosos, pero no era tema para el sacerdocio. ¿Ver el sacerdocio como una vocación? A ello contribuyeron los seminarios; se trataba de estudiarse en un llamado que es hecho por Dios y que exige respuesta responsable.

Dimensión académica

No se olvide la existencia de centros de estudios especializados. Un seminario era un recurso que no estaba hecho primordialmente para ello. De todos modos había lecciones o conferencias de moral o de sagrada escritura. La escritura se enseñaba con conferencias del domingo con base en algún pasaje, nunca de manera metódica.

Lo que se enseñaba en lo académico, en los seminarios regentados por la Congregación, seguía la indicación dada por el Fundador: seguir un texto o manual; esto no satisfacía a todos los profesores que gustaban comunicar sus propios apuntes, pero tenía la ventaja de dar cierta seguridad a la enseñanza, que de otra manera podría apartarse de la doctrina ortodoxa.

Y otro asunto: los estudios en los seminarios tenían un control: un examen al final de cada tratado; las sabatinas, es decir preguntas o exposiciones semanales (los sábados) para detectar conocimientos. A veces se presentaban por los alumnos tesis públicas al final de un curso; y no faltó alguno que en una de ellas se extravió un tanto en la doctrina hasta provocar la desazón, por ejemplo del Superior General a quien llegó la noticia.

La manera de examinar públicamente los conocimientos de moral eran normalmente los llamados “casos de conciencia” que permitían interesantes debates delante de todos los directores.

¿Y la liturgia? Era quizás la principal preocupación de los seminarios, por las razones arriba vislumbradas. Había que hacer ejercicios de ceremonias y rúbricas. En tiempos del Padre Alméras, segundo superior general, se preparó un Manual de ceremonias que debía ser seguido en nuestros seminarios. Podría uno mirar en forma despectiva esta clase de preocupaciones; ello sería producto de la excelencia de medios de que disponemos hoy en nuestros Institutos especializados de Liturgia. Pero solo a principios del siglo XX tuvimos a un Pío X y un movimiento litúrgico que preparó la *Sacrosanctum Concilium*. Las épocas anteriores ya habían tenido suficiente admiración que dedicar al Breviario y al Misal de Pío V, fruto de Trento y muy provechoso, por cierto.

Y hay que decir sin complejos que nuestra Congregación, desde San Lázaro y Bons Enfants (después San Fermín) fue muy apreciada por su esplendor litúrgico que nos dio verdaderos personajes como Bugnini o Braga.

No hay liturgia sin preocupación por el canto. El de nuestros Seminarios era el gregoriano; no había campo para el canto figurado ni para instrumentos musicales distintos al órgano de tubos.

Dimensión pastoral

La liturgia y el canto ya nos introdujeron en el tema. El objetivo claro de nuestros seminarios era el de formar buenos pastores. Esto puede ser hoy una verdad de Perogrullo, pero no lo fue en siglos anteriores.

A ello debían contribuir los meses o años pasados en la institución conciliar, con sus reglamentos, oraciones, retiros.

4. UN JUICIO SOBRE LA COLABORACION VICENTINA

Me permito ahora, ya para terminar este trabajo, invitarlos a reflexionar sobre dos hechos históricos que contribuyen a evaluar la colaboración de la Congregación de la Misión en la formación de los sacerdotes en el mundo. Paso por alto el juicio crítico que en un tiempo emitieron los jansenistas acerca de la mentalidad de los formadores lazaristas; es el mismo que tuvieron respecto del fundador y que logró

– se dice – retrasar unos años su beatificación. Ese juicio fue muy negativo y, hasta cierto punto y por lo mismo, honra a los formadores vicentinos.

El primer hecho a que aludo es el gran número de seminarios que fueron confiados a la Congregación de la Misión, sobre todo en Francia. Ya en los tiempos fundacionales, obispos como el Beato Alain de Solminihac percibieron la calidad de lo que se empezaba a ofrecer; en su diócesis, la de Cahors, el obispo mismo se sentía implicado en la obra; por algo era próximo a San Vicente y su émulo en la santidad. Si en el tiempo de los ensayos, - el del fundador - no fueron muchas las casas de formación, unas cinco, a finales del s. XVII se habían multiplicado; 32 en Francia 6 en Polonia, 2 en Italia. Los 32 de Francia venían siendo el 42% de los seminarios de Francia (¡casi la mitad!); ello era signo de una gran confianza en la calidad de lo que ofrecían los misioneros vicentinos.

Pero el hecho más convincente era la calidad que mostraban los egresados de esos seminarios. Por ejemplo los obispos allí formados; pero sobre todo la solidez en la fe y fidelidad a la Iglesia. Se dice que la inmensa mayoría de los sacerdotes formados por los lazaristas en Francia evitó las acechanzas, primero del galicanismo, y luego de la Constitución Civil del Clero, promovida por la revolución francesa. “Por sus frutos los conoceréis”.

San Vicente en su conferencia a los misioneros del 5 de agosto de 1659 puede responder a algunas curiosidades sobre el modo como se deben llevar los seminarios. Como siempre, “había que ir a lo práctico” y partir de experiencias. Por ejemplo, lo que le pasó al padre de la Salle: “Les diré que, estando en una misión con el Padre de la Salle, gran misionero, este buen padre, estando en Villier-le-Bel, se encontró con una mujer que, al ir a confesarse, le pidió que le resolviera antes cierta dificultad que tenía, según creo, sobre la realidad del santísimo sacramento o sobre la comunión bajo las dos especies. Como solo había estudiado filosofía y teología y poco más, se vio muy apurado; cuando nos lo dijo tuvimos algunas conferencias sobre estas materias, y Dios nos concedió la gracia de responder a todas las dificultades que nos podían poner. Aquel buen padre recibió de Dios la gracia de convencer a todo el que quería... Ya es algo tener conferencias sobre las predicaciones y el catecismo, pero lo principal es la práctica; y eso es lo que haremos, con la gracia de Dios”.

Volver la página

En tiempos del Padre Etienne y del P. Fiat la Congregación floreció de nuevo en las fundaciones. En América, empezando desde el cono sur, nuestra tierra se sembró de seminarios dirigidos por los vicentinos. Harto nos hicieron faltar a la modestia con los elogios que se hacían de la formación recibida en ellos y la multiplicación y calidad de sacerdotes en ellos formados.

Si nos asomamos al *Catalogus provinciarum, domorum ac personarum 2014-2016* de la Congregación de la Misión hallaremos datos como éstos:

Provincias: 46 - Viceprovincias: 4 - Regiones: 6 Casas: 512

Cohermanos incorporados: 3.202

Cohermanos admitidos: 586

Pues bien, notaremos que en ese elenco, no solamente hay una disminución casi trágica en el número de misioneros desde hace 50 años, sino que ha habido un cambio notable en la adopción de obras: en varias provincias se han cambiado seminarios por parroquias y obras de misión por colegios o santuarios. Aunque es verdad que la disminución en número coincide frecuentemente con lo que ha ocurrido en otras comunidades, podemos curiosear a ver si la caída en número corresponde también a un cambio de obras en ciertas provincias; en ello puede haber un asunto de verdadera identidad.